

Juliano debía ser una política. Todas las ideas que parece que se pierden y se disipan en los aires, tarde ó temprano se organizan fuertemente en instituciones, y tocan en la realidad de la vida. La filosofía universal de los griegos se condensó en la frente de Alejandro; el espiritismo moral de los estóicos en la frente de Marco Aurelio; la idea alejandrina en la frente de Juliano. Esta idea aspiraba á conservar los símbolos paganos, pero á renovar su espíritu, á elevar un Dios espiritual, y á unir todos los pueblos, á pesar de la diversidad de cultos, en la idea de ese Dios que se levantaría sobre los pueblos como el sol sobre el Universo. En contraposición del cristianismo esta doctrina ha sido denominada Helenismo. Es el paganismo que se transforma, que se levanta á recibir el nuevo aire vital, la nueva luz del cielo. Y el defensor del helenismo, su Constantino, es Juliano. Nacido en Grecia, discípulo de las escuelas cristianas, tenía mas que ningún otro la indecisión propia de su tiempo, y tomó del paganismo la forma, y del Cristianismo la idea. Platónico en religion, de estóico carácter, pagano por puro amor romántico á las artes, cabalista por abrazar en su mente todas las ideas, sacerdote místico, apóstol por aquel afán de transformar las conciencias, propio de su siglo, déspota en su conducta como todos los que se sientan en el trono del imperio, republicano en sus ideas á la manera de los Antoninos y demás emperadores estóicos, devoto, mago iniciado en los misterios helenos, bien puede decirse que es aquel uno de los hombres mas extraordinarios de la historia, pues habiendo vivido treinta años, y reinado diez y ocho meses, deja huellas indelebles en la vida como última imagen del génio del helenismo que cruza por el mundo. (Aplausos.)

Educado primero en los tres grados de las escuelas cristianas, en la purificación, en la iluminación, y en la perfección, y en los tres grados de las escuelas neo pitagóricas, en el silencio, en el ayuno y en el éstasi; habiendo oido las salmodias de los sacerdotes cristianos acompañadas por el órgano de las basílicas y los himnos de los corribantes griegos acompañados por las antiguas liras homéricas; habiendo conversado con el retórico Libanio y el gran orador San Basilio, su alma pudo estar indecisa algunos momentos; pero cuando vió el imperio enflaquecido, las artes olvidadas, la virtud militar romana muerta, el bárbaro en toda su audacia, despobladas las ciudades, poblados los desiertos, atribuyó todos estos males á la muerte del paganismo, á la ausencia de la antigua idea, y levantó los rotos altares, y recompuso los ídolos, y reedificó los templos, y continuó los interrumpidos sacrifi-

cios, y sintió amor inmenso por los vencidos dioses, culto ferviente por la hermosa Atenas, odio implacable contra aquellos bárbaros cristianos que habian sustituido los sensuales sacrificios con ceremonias austeras; las divinidades vivas con una divinidad muerta en un patíbulo deshonroso para los mismos esclavos, el antiguo valor con la humildad, y todo su empeño fué exaltar y espiritualizar el paganismo; empeño vano, porque los templos estaban desiertos, las encinas de Dodona abandonadas de las antiguas sacerdotisas que no iban á segar bajo sus ramas la verbena sagrada al salir la luna llena del fondo de los mares, la pitonisa muda, la isla de Delos cubierta de ruinas y solitaria, el bosque de Delfos sin un ruiseñor en el follaje, sin una lira suspendida de las ramas que vibrase al dulce beso de las auras; testimonios que prueban que todas las reacciones, aun las dirigidas por el génio, son impotentes, y que todos los reaccionarios, aun aquellos que se llaman Juliano, Felipe II, Napoleon, los hombres mas grandes de la historia, nada alcanzan contra la idea de su siglo: que aún no ha nacido el Hércules capaz de detener el torrente de las grandes ideas que Dios impulsa con su poderoso aliento á lo infinito. (Estrepitosos y prolongados aplausos.)

No queria Juliano de ninguna suerte sostener el paganismo tal como era en los primitivos tiempos; queria realizar la unidad del espíritu, la unidad de la vida, la unidad de la historia, bajo la unidad de Dios; convertir esta unidad fecunda, no en provecho de los dioses judíos, sino de los dioses de Grecia; alzar en las alturas de nuestra mente, allá en la cúspide de nuestra inteligencia la unidad divina, y en escalas inferiores toda la rica infinita variedad de los dioses paganos, que podian volar por esa unidad primitiva y suprema como vuelan las mariposas por el cielo; sostener las eternas aspiraciones artísticas del paganismo que habian idealizado la forma humana; espiritualizar el culto, los sacrificios; establecer gerarquias de sacerdotes á la manera católica; fundar conventos donde pudiesen los místicos entregarse á la adoración del espíritu, sin renegar de los dioses; llenar el abismo del deseo humano, ansioso de lo infinito, con las teorías de la magia y de la theurgia; poner sobre los altares los mismos dogmas cristianos, pero encerrados en símbolos del paganismo, el Dios que muere, el Dios que resucita, el Dios que se pierde en los cielos; buscar la gloriosa estirpe de las mas puras ideas cristianas, en las creencias, en los ritos, en los templos antiguos; idealizar el carácter de la mujer creando una madre de los dioses, virginal y pura, que la obligase á ser casta; poblar los

aires, los astros, los espacios de angeles, de arcangeles, vestidos de azul de los cielos, coronados de luz, para que defendiesen sus divinidades; obligar á todos pueblos á entrar en la religion de la unidad de Dios, de la unidad del espíritu, sin forzarles á renunciar á los dioses de sus padres; divinizar el paganismo, bautizarlo, hacerlo católico, para que los instintos morales y los instintos artísticos de la humanidad se hermanaran, se confundieran en una creencia bastante poderosa á enlazar toda la historia, á unir toda la vida, á llenar todo el espíritu. (Estrepitosos y prolongados aplausos.)

Aquí, considerad su teología y vereis que en el fondo es cristiana, en las formas alejandrina, en las tendencias pagana. El Uno, lo perfecto está en la cima del Universo. El Verbo, el logos es la idea y la palabra de Dios. El espíritu es la vida que se dilata por el tiempo y el espacio. Júpiter es la unidad en el espacio, la proporcion, la armonía. Saturno es la unidad en el tiempo. Júpiter tiene la misma primacía en el espíritu, es el númen de la justicia y de la hermosura, las dos armonías espirituales. Saturno, que preside la gran sinfonía astronómica, y dirige la música de los orbes, tambien es el dios de la felicidad, de la inocencia, del corazon puro y embalsamado de ideales amores. El gran Redentor es el logos, hijo de la madre de todos los dioses, engendrado por el espíritu divino. Los dioses del cielo se oponen á su nacimiento porque va á convertir en un cielo la tierra; pero los dioses de la tierra lo llaman; y las ninfas oceánicas, y las náyades abren sus alas de mariposas y vuelan cantando por los aires á referir á todos los seres la nueva de que llega el Redentor envuelto en el cenital del éther, coronado del sol, dispuesto á desposar con un anillo nupcial de estrellas los cielos con la tierra, y lanzándose del seno de su madre divina, padece, muere por nosotros; pero eleva á Dios todas las cosas, redime desde la luz hasta el polvo, y todo lo idealiza, y todo lo enciende y lo enrojece en el seno del Eterno, que se goza con amor purísimo en la contemplacion del Universo redimido y esplendente. Como veis, señores, todo el empeño de Juliano era restaurar el paganismo idealizándolo. ¡Inútil empeño! Juliano mismo nos cuenta su amargura, sus tristes desencafios. Estaba el emperador en Antioquía. La ciudad era helénica, es decir, partidaria de las ideas de Juliano, del paganismo espiritualista. Debían celebrarse allí las fiestas de Apolo, el dios de la música, el dios que comparte con Júpiter el reino de las armonías; Apolo, celestial melodía del Universo. La ciudad entera debía de reunirse en el templo de Dafne á celebrar esta fiesta que era

como una promesa de la inmortalidad y de la gloria del paganismo. Juliano iba con el corazon exaltado de amor, la mente de ideas, la memoria de recuerdos, y hasta los labios involuntariamente movidos por una plegaria religiosa, por un himno de los antiguos poetas. Creia en el camino ver el fuego en el ara, las víctimas coronadas de flores, en las copas de oro, las vírgenes vestidas de blanco en señal de pureza, semejantes á las antiguas estatuas de los divinos escultores de Grecia. ¡Hermoso sueño, engañosa ilusion! Cuando llega al templo no encuentra ni una sola melodía en los aires, ni cenizas en el ara, ni un grano de incienso en la trípode, ni una flor para el Dios que viste de flores con su fecundante calor el Universo. Quédase pasmado, y cree que los preparativos para la fiesta están en el jardin, que el pueblo, esperándole en el bosque, no se atreve á entrar en el templo hasta que entre Juliano, el Pontífice Máximo. Entonces se encuentra el gran sacerdote del templo, y le pregunta qué ofrendas apercibe Antioquía para celebrar la fiesta de su Dios. "Ninguna, dice el sacerdote, solo yo traigo esta miserable ave." Juliano llora, ¡lágrima encendida de amor que cae sobre el paganismo sin devolverle la vida como las lágrimas del huérfano que llora sobre el cadáver de su padre! Juliano se acordó de Dios; pero se olvidó de la libertad; Juliano cometió el error de todos los poderosos, el error de creer que bastaba la fuerza del Estado para sostener una religion, cuando las religiones solo se sostienen y viven por la fé de los espíritus. (Estrepitosos aplausos.)

¡Cuán poco pueden los hombres, aun los mas grandes y de mayores méritos, cuando se dan á una causa que es rémora al progreso! ¡Comparad á Constantino con Juliano, y vereis cuán diferentes son sus méritos personales, y cuán diversa ha sido, sin embargo, su gloria! Los dos emperadores, pero los dos desiguales en méritos; Constantino gran general, pero mayor general Juliano; Constantino ha vencido á sus competidores, Juliano á los bárbaros; Constantino ha perdido el Imperio gobernándolo con sus cortesanos y sus favoritos, Juliano lo ha restaurado con el antiguo espíritu; Constantino ha cometido grandes crímenes, Juliano ni siquiera se ha manchado con una gota de sangre; Constantino ha sido infiel á la mujer que eligiera por esposa, Juliano ha respetado el hogar como un santuario; Constantino á duras penas comprende la idea que representa y no alcanza cosa de discusiones teológicas, Juliano es artista, poeta, filósofo, historiador, orador, uniendo en alguno de sus escritos, á la fluidez de Demóstenes, la ironía de Luciano; y sin embargo, el nombre de Constantino pasa á la posteri-

dad resplandeciente de gloria, y el nombre de Juliano ennegrecido por terribles maldiciones, porque Constantino alienta la sociedad que nace, y Juliano sostiene la sociedad que muere, aquella sociedad despojada de su ideal, mantenedora del materialismo religioso, de las castas, de la esclavitud, opuesta á la nueva sociedad, cuya idea cumple el gran destino de combatir el fatalismo con la libertad, la casta con la igualdad religiosa, los privilegios con la union de todos los hombres en Dios; principios que habrán tardado diez y nueve siglos en bajar de la esfera religiosa á la esfera social; pero que hoy, en este momento, trasforman el mundo europeo, crean nuevas sociedades, y hacen mas libres, mas cristianos, mas felices á los pueblos. (Repetidos aplausos.)

Y no se crea, señores, que yo soy tan preocupado que desconozco cuánto había de digno, de grande, en la muerte del paganismo. Confieso que no he visto ninguna idea que haya muerto con mas grandeza en la historia. En esta última edad renuncia á las persecuciones, y apela, para sostenerse, al filtro de la ciencia. Su empeño es dificultosísimo, pero por lo mismo grandioso. Quiere unir los dioses de nuestra raza, eterno númen de las artes, al movimiento religioso del cristianismo; quiere conservarnos todo lo que había embellecido la vida humana. Hay en este romanticismo encantos tales, que atraerán siempre todos los corazones, y los cautivarán. Esos hombres que se oponen á las ideas providenciales y luchan con ellas, nos admiran, porque nos parecen gladiadores en lucha con Dios, titanos gloriosos escalando el firmamento para quebrantar el cetro omnipotente que dirige toda la historia. Hay en su empeño algo de esa grandeza apocalíptica que todas las religiones han puesto en el genio del mal. Levantarse contra todo un siglo, luchar con la corriente de las ideas, oponer la negacion humana, el espíritu divino encerrado en todo progreso, no desfallecer en esta pelea por un cadáver, multiplicarse para sostener ideales que la humanidad abandona, es un error, pero un error grandioso, titánico, que tife al que lo abraza de una luz sangrienta parecida al último crepúsculo de un día de la vida universal, y al último destello de una estrella que se apaga. (Entusiastas aplausos.)

Nos inspiran estos grandes reaccionarios un respeto, un terror parecido al que nos inspira el héroe de la tragedia griega, el eterno Edipo, luchando y reluchando ciego con el destino, y sosteniendo en su cerebro con formidable fuerza todo el peso de las ruinas de un mundo.

(Aplausos.) Y entre estos reaccionarios, ninguno, señores, ninguno es tan grande como Themistio, ninguno que comprenda mejor la única manera posible de defender y amparar el paganismo en su agonía. Su amor por los vencidos dioses, le había inspirado el ambicioso deseo de crear un ideal, que siendo superior al ideal cristiano, lo eclipsara eternamente. El intento no puede ser mas grande; la idea, aunque imposible, digna de la ambicion de aquel espíritu que quiere oscurecer todo un cielo. Themistio era elocuentísimo. El mismo San Gregorio Nazianceno le llama el rey de la palabra. Era su voz el último eco de la elocuencia clásica; su palabra la última palabra de una civilizacion que había henchido los aires con las espléndidas oraciones de sus tribunos. El Emperador Constancio le hizo senador. En las asambleas se alzaba como esas estatuas que permanecen erguidas entre las ruinas de los templos. Su genio penetrante conoció que era ya hora de atizar la guerra entre los cultos, sino de predicar la paz en la conciencia humana. Así sostenía que todas las religiones, inclusa la cristiana, honran á Dios, y enaltecen á la humanidad. Las diferentes religiones eran á sus ojos maneras varias de ser de esa idea religiosa que aparece una, idéntica siempre á sí misma en el fondo del espíritu humano, como su relacion perenne, eterna con lo infinito. Así á la faz del mundo pagano predicaba la libertad de conciencia. En su oracion pronunciada delante de Joviano decía que las relaciones entre el espíritu y Dios deben ser libres, porque el hombre obedecerá, cuando de su religion se trate, ántes que á la voz de la ley á la voz de su conciencia; porque la coaccion que puede forzar al cuerpo, oprimirlo, encadenarlo, no llegará hasta el alma, capaz de prestar culto á su Dios entre los hierros, en el potro del tormento, en las llamas de las hogueras. Los poderosos del mundo podran dar leyes á su antojo, pero el alma recobrará sus derechos á ser libre, porque la libertad es la ley de Dios en la vida, y delante de las leyes de Dios pasan como leves sombras las leyes de los hombres. Así aquel gran hombre se alzaba sobre su siglo, y sentía en su espíritu el aliento creador de una nueva edad. En la defensa del paganismo no se enaerraba en verdad dentro de los estrechos límites en que se encierran esos reaccionarios vulgares que creen posible acabar las ideas con el hierro y el fuego, cuando las ideas son incompresibles, y funden el hierro, que las hiere, y vuelan sobre las hogueras, libres é inmortales. (Aplausos.) Señores: un día Themistio se encontró en Roma. Los templos resplandecían, el Senado estaba reunido, los dioses se alzaban sobre el ara,

el concierto de las sinfonías paganas resonaba aún en los aires, y el gran orador saludaba con afán á la ciudad de Rómulo, el ara de Numa, la tierra de los héroes, el refugio de los dioses; triste saludo que señalaba el día postrero de una idea, porque al poco tiempo el Senado debía vender la estatua de la victoria, los sacerdotes arrojar la corona de verbena por la roca Tarpeya, el Capitolio abrirse á Jesucristo, y caer el mundo antiguo entre las ruedas ensangrentadas del carro de guerra de los bárbaros. (Estrepitosos aplausos.)

Muchos nobles, muchos patricios paganos, aunque no creían en el paganismo, lo sustentaban como la base única del Imperio. Lo que comprendían intuitivamente era que la igualdad religiosa engendraba la igualdad social, y que la igualdad social aniquilaba la Roma pagana fundada en el privilegio. De aquí provino el neo paganismo político del siglo IV hijo del espíritu de patricios poco creyentes en los dioses pero muy dados á hacerlos cómplices de sus tiranías y de sus privilegios. El gran representante de este neo paganismo político, es Sínmaco. Comprendiendo el espíritu democrático del cristianismo, Sínmaco, en cuya conciencia hay algún resplandor del alma de Catón, en cuyos labios algún eco de la palabra de Marco Tulio, quiere sostener la Annona para que todas las naciones sean tributarias de Roma; los socios del pueblo á cuyos circos arroja Sármatas feroces que lo embriagan con el hedor de su sangre; los colegios de los sacerdotes; los misterios de los arúspices; los conventos de las vestales; y cuando Graciano demuele el altar de la Victoria, y Teodosio prohíbe los antiguos cultos, como si el genio del patriciado le inspirara la gran elocuencia tiene el valor de defender las ideas que se van, los dioses que salvaron á Roma de Anníbar y al capitolio de los galos; y viendo que nada consigue, que se arruina todo cuanto hubo respetado y querido sobre la faz de la tierra, el Imperio, el Senado, el derecho patricio, se abraza á sus antiguas creencias para morir con ellas entre las ruínas de Roma. (Aplausos.)

Y mientras de esta suerte los patricios defendían con desesperación la antigua aristocracia, los padres de la Iglesia griega principalmente los grandes oradores cristianos, destinados á difundir con su elocuencia las nuevas ideas sobre el mundo, defienden el principio de la igualdad natural de todos los hombres. Era una concepción Brahmánica que se difundió por el Oriente y pasó á Grecia y Roma la idea de que los ricos son los elegidos de los dioses, son los señalados por la marca de la predilección divina; idea infusa que combate San Gregorio Na-

zianceno diciendo en su discurso décimosesto que todos somos como uno solo en Dios, ricos y pobres, señores y esclavos; y el Crisóstomo esclamando en su explicación de la Epistola primera de San Pablo á los corintios, que los pobres son hermanos de los ricos, de su misma carne, de sus mismos huesos, y llevan también la imagen divina en el alma; y San Basilio sosteniendo en su homilia contra las riquezas que nada valdrán al rico sus tesoros si no tiene caridad para el pobre y la humildad de considerarse su igual; y San Clemente de Alejandría recordando en el capítulo décimocuarto de sus Stremata las maldiciones arrojadas por el Evangelio sobre los ricos que se creen superiores á los demás hombres; palabras que debemos repetir hoy en los oídos de esta sociedad materialista, cuyo templo es la bolsa, cuyo altar es la banca, cuyo criterio único de derecho es el oro, para recordarle que cuando los pueblos se olvidan del espíritu, de la conciencia, de las ideas, se desmoralizan, se gangrenan, y para curar esa desmoralización y atajar esa gangrena, aplica Dios el más terrible pero el más seguro de todos los cauterios, el cauterio de las revoluciones. (Estrepitosos aplausos.)

Y no solamente creaban esta poderosa idea de igualdad, sino que contrastaban también con la fuerza de su palabra el desenfrenado despotismo de los Césares. La Iglesia solo tenía virtud para obligarles á bajar la frente y doblar la rodilla ante un poder moral superior á su poder terreno. La libertad de las sociedades antiguas era incompleta porque le faltaba base en la igualdad, la vida y el ardor de la caridad; así todas las luchas entre patricios y plebeyos, tanto en Roma como en Grecia, habían ido á dar en el predominio de la fuerza, en la apoteosis y endiosamiento de un hombre, que no tenía ni siquiera el límite de una autoridad superior á la suya, porque hasta la conciencia se hallaba rendida á su dominio. Pero en este instante solemne de la historia, en que la autoridad religiosa se aparta de la autoridad política, en que la autocracia se rompe para siempre, la sombra del tribunal se alza de nuevo en los padres de la Iglesia; la protesta única contra la tiranía es la palabra; de los sacerdotes herederos del ministerio, de los defensores de las ciudades, ministerio borrado por el despotismo oriental; y en cumplimiento de este destino, Flaviano alcanza de un emperador que perdona á Antioquia cuya destrucción había decretado porque rompiera sus efigies; y Macedonio, monje de Thebaida, dice á un César que no tiene derecho á pasar á cuchillo á los hombres, porque no puede quitarles la vida que les ha dado, la vida, don

de Dios; y Atanasio proclama delante de toda la corte de Constantino-
pla que Constancio no debe obligar á los hombres á que adoren la re-
ligion arriana, porque se ha concluido, merced al Cristianismo, el do-
minio de los Césares sobre la conciencia; y cuando Theodosio, entre-
gándose á esas crueldades tan frecuentes en los que padecen de los
vértigos causados por el poder absoluto, quema á Tesalónica, y de-
güella á los infelices habitantes; Ambrosio de Milan le cierra el paso
á la Iglesia, le dice que no puede penetrar en el templo sin profanar-
lo un tirano manchado de sangre; ejemplos todos que muestran que
ha concluido la autocracia, el poder mas bárbaro del mundo, el que
mas ha manchado la historia, y mas ha envilecido nuestra noble natu-
raleza. (Aplausos.)

Roma pagana que representa la autocracia antigua debía caer así
que le faltó su idea. Sinmaco no se engañaba. La idea es para las
instituciones como el espíritu para nuestro cuerpo. La idea de la an-
tigua civilizacion huía, y el cuerpo de esa civilizacion se desplomaba
en el polvo. Se necesitaba, pues, en tan suprema crisis, un poder mor-
ral que salvase la civilizacion, y que el caos de todos los antiguos ele-
mentos representara la unidad espiritual y divina de la historia. Es-
te gran poder moral era el pontificado. ¡Qué ejemplo tan grande el
de las relaciones del sacerdocio con los bárbaros para disuadir á los
que creen que el Pontífice no puede ejercer su autoridad religiosa sin
conservar su autoridad temporal y terrena! En aquellos dias de luto
y sangre, cuando San Gerónimo decia que el mundo se desquiciaba,
cuando se cumplian las terribles amenazas del Apocalipsis y los án-
geles esterminadores con sus largas espadas aventaban á los cuatro
puntos del horizonte las cenizas de Roma; cuando los templos anti-
guos caian y en el rostro de los ídolos tejia la araña su tela, y los
murciélagos y los buhos anidaban en los altares encharcados en san-
gre; cuando del Rhin, del Danubio venian, como olas amargas de la
cólera celeste, unos sobre los otros los bárbaros, todos hambrientos y
crueles, San Leon, que no era rey, hace retroceder á los hunnos,
ebrios con la sangre de mil pueblos; San Gregorio Magno, que no era
rey, desarma á los lombardos, obligándoles á temblar delante de un
sacerdote, á ellos que no habian temblado al arrancar sus garras á la
águila romana (aplausos;) Epifanio, que no era rey, obliga á los ván-
dalos, que se gozaban en ver rodar á sus piés las ruinas de las ciuda-
des entre el humo de los incendios, á perdonar á Roma; Severiano,
que no era rey, salva la civilizacion de la crueldad de los ostrogodos,

cuyas huellas impresas desde el Báltico hasta el Rhin eran huellas de
sangre; porque todos aquellos fundadores ilustres del sacerdocio sa-
bían que su fuerza no estaba en los escudos, ni en las lanzas, ni en los
dominios temporales y terrenos, sino en la fé, en la caridad, en las
grandes ideas morales, en cuya virtud trasformaron la conciencia y
salvaron la civilizacion, venciendo la ferocidad de los bárbaros. [Aplau-
sos.]

El poder moral de la Iglesia era tan grande porque el dogma acaba-
ba de llegar á su unidad perfecta. Esta unidad habia sido esplicada
por la ciencia. El hombre que representa la universalidad del dogma
es San Agustin, que remata los primeros siglos del Cristianismo. Se-
ñores, leyendo las confesiones del gran sacerdote, uno de mis libros
predilectos, uno de esos libros que han dejado huellas honrísimas en mi
alma, siempre me he parado en el capítulo segundo y tercero del libro
sesto, y en el capítulo décimo y undécimo del libro noveno en que San
Agustin habla de su madre. Pocas veces, señores, se ve tan clara la
influencia del corazon de la mujer sobre el espíritu del hombre. Bien
es verdad que aquella mujer es una madre. (Sensacion.) Consider-
rad, señores, conmigo, recogiendo vuestro espíritu sobre el recuerdo
de todo lo que hayais querido y respetado en el mundo, considerad
cuánta ciencia guarda el corazon de una madre para educar á sus hi-
jos; ciencia no aprendida, que es la revelacion santísima del amor, la
eterna revelacion de Dios en la naturaleza humana. [Aplausos.] La
mujer desde el momento en que es madre tiene todas las ciencias jun-
tas en su alma; sabe higiene y cura á su hijo; arte y lo hermosea; sa-
be entonar canciones tan espontáneas como el gorgojo de las aves en
los bosques, esas canciones que ningun músico puede repetir, y que
desde la cuna despiertan la idea de lo infinito en el alma; sabe narrar
esos cuentos maravillosos que no se olvidan en toda la vida, primeros
gérmenes de los principios morales, que nos han de preservar de los
contagios del mal; sabe hablar de Dios con la elocuencia incompara-
ble que á torrentes brota del corazon; sabe dónde se ocultan las espi-
nas, dónde el abismo de los grandes peligros, porque nada hay escon-
dido á su amor, que adivina en la frente, en la mirada de su hijo el
dolor y la enfermedad que le amenazan; y pone en el corazon todas
las cuerdas que han de resonar dulce y armoniosamente y han de ser
nuestro consuelo en las tempestades de las pasiones; y restaña en el
bálsamo de sus lágrimas todas las heridas del corazon; y nos deja en su
vida eterno ejemplo de santidad y de pureza, y en su muerte eternas

esperanzas religiosas; pues siempre que una gran idea se eleva en la mente, siempre que resuena en el corazón algún sentimiento generoso, siempre que la compasión por el infortunio y la caridad y el amor verdadero nos abrasa el alma, si subimos con el pensamiento á buscar su fuente misteriosa, su origen, encontraremos la eterna luz de la fantasía, la estrella que guió nuestros primeros pasos, el ángel custodio que cubrió con sus alas nuestra cuna, el amor, sí, el amor sublime de una madre. (Repetidos y prolongados aplausos que interrumpen al orador algunos instantes.)

Señores, combatido por tantos recuerdos como se despiertan en mi memoria, conturbado por las muestras que me dais de que sentís lo mismo que yo siento, no acierto á continuar, roto el hilo del discurso. Hablaba de la madre de San Agustín. Perdonadme, señores, si apenas puedo coordinar mis ideas, porque la emoción me ahoga. El sagrado amor de una madre condujo al pagano, al gnóstico, al joven maniqueo, al que llevaba vida epicúrea en Roma y en Milán, al seno del Cristianismo. San Agustín ha de ser objeto único de una de mis lecciones en el próximo venidero curso; y entonces le estudiaré bajo todas sus fases. Hoy solo indicaré que aquel gran padre de la Iglesia que recoge toda la ciencia de su tiempo, que la formula en libros admirables, que vence á los maniqueos, que salva á la Iglesia del mas grande y terrible de sus peligros, del pelagianismo tambien ocasionado á quitarle toda su fuerza moral, es síntesis de la ciencia de su tiempo, es el espíritu que ve morir el paganismo y lleva ya la corona del tempestuoso genio de la Edad media. Yo he seguido hasta el fin el propósito de estudiar los dogmas ántes que en su pura idea religiosa en sus conclusiones sociales, en su trascendencia á la civilización. San Agustín en la genealogía de sus ideas se une, se enlaza con Platón, es de tan gloriosa estirpe. La escuela neo-católica en su odio á la filosofía antigua ha pretendido negar ésta verdad evidente. Pero en las escuelas verdaderamente católicas era ya un axioma el creer á San Agustín de la familia platónica. *Quidquid á Platone dicitur vivit in Augustino.* San Agustín es grande en sí; pero mas grande aún cuando se le considera á la luz de su siglo. Su doctrina es la doctrina que necesitaba la Edad media, la doctrina que obliga á la humanidad á bajar la frente en presencia de Dios, la doctrina que ahoga el egoísmo de los bárbaros, la doctrina que doma la salvaje individualidad germánica, la doctrina que tiffe con una esperanza celeste el caos donde batallan todas las ideas. La ciencia cristiana que tanto ha debido á

la filosofía antigua, en este momento se aparta de las antiguas escuelas. San Agustín funda la psicología verdaderamente cristiana al decirnos que el fin del alma es unirse con Dios. Como todos los grandes atletas del pensamiento, vive gozoso en medio de las luchas, respira con placer entre las nubes de la tempestad. Dos grandes negaciones, dos tremendas heregias se levantan en el camino de la Iglesia en este momento. El genio de Oriente y el genio de Occidente renegaban del Cristianismo. El genio del Oriente, místico por excelencia, renegaba de la libertad y del hombre. El genio de Occidente, positivo y humano, renegaba de Dios. El genio del Oriente sacrificaba la libertad en aras de Dios; el genio de Occidente sacrificaba á Dios en aras de la libertad. Dios sin el hombre es una idea sin palabra, un sol sin reflejos. El hombre sin Dios es un fantasma, una sombra que se dibuja en el Universo para disiparse en lo vacío. La idea oriental es el maniqueísmo, la idea occidental es el pelagianismo. Maniqueo ha nacido en Asia, en la region del panteísmo y de la esclavitud; y Pelagio ha nacido en Inglaterra, en la region del individualismo y de la libertad. El problema que atormenta á Manés, al filósofo persa, es el problema del origen del mal, terrible, pavoroso enigma. ¿Dios no es bueno? Pues si Dios es bueno, si no puede dejar de ser bueno sin dejar de ser Dios ¿cómo existe el mal en el mundo? Cada día tiene su dolor, cada hora su pena; en el cielo hay tempestades, rayos; en el mar abismos, tormentas; en las flores espinas; en el campo víboras, serpientes; en la vida enfermedades; en la gloria desengafio; en el amor, desencanto y olvido; y al pié del Universo que vive y brilla y produce nuevos seres, abre sus negras fauces la muerte. Y no se diga que el mal es un castigo de los delitos humanos, dice Manés. El hombre ántes de pecar ya padece el mal. ¿Qué delito ha cometido el pobre niño que viene á la vida con toda la ignorancia propia de la inocencia? Y apenas nace, ya padece. Y su primer espression es el llanto como si ya sintiera cuán funesto don es la vida, y anhelara por sepultarse de nuevo en el vientre de su madre. Ningun delito ha cometido el ciego de nacimiento para que se le prive de ver la luz y los colores, y se le encierre en eterna noche, y sea á sus vacíos ojos el Universo como una inmensa tumba. Las enfermedades orgánicas, los instintos inevitables, no pueden ser castigos, sino desgracias. ¿Y á quién atribuir estas desgracias? ¿A Dios? Entonces Dios sería injusto. ¿A la libertad? Pero la libertad no tiene parte en ciertos males. ¿Hareis responsable al impotente de no sentir amor, de no te-